

— ¡Dios mío! Dios mío! — exclamó deshaciéndose en llanto; — ¡ya que estoy perdida para él, que cuando menos goce él solo toda la felicidad que nos reservais á los dos!

SEGUNDA PARTE

La locura de Aurora.

I

DUELO TRAS DUELO

Séanos permitido ahora retroceder dos años, á fin de relatar ciertos hechos que se relacionan directamente con los que acabamos de exponer y que hasta, por decirlo así, los han provocado.

Nos hallamos en 1742.

Si quisiéramos hacer historia, ese año fértil en acontecimientos nos proporcionaría materia abundante.

Pero, ¿de qué nos serviría hablar de la llegada á París del embajador otomano, Zaïd-Effendi, enviado por la Sublime Puerta para ultimar un tratado que nunca se supo con seguridad lo que era, y el cual embajador, como verdadero turco filósofo, saboreaba durante noches enteras el champaña, mientras que los jóvenes

oficiales de su séquito, desdenando los vinos, recorrían los retiros de burguesas y damas de la corte, en donde, según parece, eran muy bien acogidos; puesto que por todas partes se cantaba que esos señores:

..... Llevando turbante en la cabeza,
Proporcionaban sombreros y más sombreros?

Ó bien de la primera infidelidad conyugal de Luis XV con la hija del marqués de Nesle, la señora de Mailly, arrojada á los reales brazos por la princesa de Carignan, de acuerdo con el viejo Fleury; infidelidad que, según se dice, era absolutamente necesaria para el equilibrio europeo.

Ó bien del obispo de Beauvais, M. de Beauvilliers, que fué destituido por comercio galante con una burguesita.

Ó bien de la famosa retirada del mariscal Belle-Isle, quien, saliendo de Praga frente al enemigo, con once mil infantes y tres mil caballos, franqueó treinta y ocho leguas de devastadas llanuras, cubiertas de nieve, desprovistas de todo recurso, combatiendo sin tregua tropas ligeras que salían de todas partes para cortarle el paso.

Retirada que los peritos en táctica consideraron como obra maestra del arte de la artillería.

Ó bien aún, de la riña de Crebillon y Voltaire con motivo del *Mahoma* de este último; riña en cuyo curso estuvieron ambos señores á punto de tirarse de los cabellos... que ni uno ni otro tenían.

Pero, repetimos, ¿de qué nos serviría extendernos

detenidamente sobre todos esos acontecimientos que nos son conocidos?

En vez de entrar en tales detalles, preferimos recordar hechos completamente olvidados hoy, y que, no obstante, produjeron gran ruido en su época.

Trátase de la resurrección del hotel de Nevers.

El antiguo palacio, muerto hacía quince años, acababa de reanimarse de repente.

Acostumbrado el parisiense al sueño letárgico de aquella antigua construcción cuya fachada severa y herméticamente cerrada le parecía ser una parte de esas gigantescas tumbas indias, ocultas para siempre á toda mirada profana, fué singularmente sorprendido una mañana, al ver sus altas ventanas libres de las contraventanas acolchadas, y al percibir sombras humanas que se perfilaban en lo interior de las habitaciones.

Preguntando, supose entonces que la condesa Aurora, viuda del conde Enrique de Lagardère había llegado á la capital.

Era tan inesperado ese regreso, que se lo consideraba como acontecimiento muy importante.

Con gran estupefacción de todos, cierta mañana, habíase vuelto á instalar la condesa en su hotel del Marais, el hotel de Nevers, en el cual empezó á vivir de nuevo.

¿Qué había sido de ella en los quince años que hacía que hubo desaparecido súbitamente del firmamento parisiense en que con tan intenso resplandor brillaba antes?

Muy listos tenían que ser los que pudieran decirlo.

Muchos habían olvidado por completo á la condesa; pero otros se acordaban aún de la bella y radiante joven á quien con tanta frecuencia habían visto al lado del conde Enrique, y cuyos ojos cargados de ternura iban sin cesar de éste á un gracioso niño de tres ó cuatro años, de rostro angelical, cuyas caricias le disputaba celosamente ella.

¡Ay! si estos últimos hubieran podido ver á su regreso á la pobre Aurora, ¡cuán largo examen hubiese necesitado para reconocerla en la criatura supraterrrestre que se aparecía!

Ya no era, en efecto, sino la sombra de sí misma, una imagen borrosa de líneas oscuras é indecisas.

Sólo sus ojos conservaban un resto de vida y eran el único testimonio que permitía creerla aún de este mundo.

¿Eran los años quienes tanto la habían estropeado?

No. Los años son más clementes.

Mas el dolor no tiene piedad y ejerce una acción cien veces peor.

Y el dolor era quien destrozó en ella la materia y rompió los resortes de su alma.

Ya hemos dicho que era viuda.

Una noche le habían llevado á su esposo lleno de golpes y horriblemente mutilado.

Los valientes ancianos del hotel de Inválidos lo encontraron con las corvas cortadas como por una hoz y recostado contra su verja, en un montículo formado por siete cadáveres.

¡Así pues, ese gigante debió de haberse sostenido

rodillas, medio muerto, para hacer aquella horrible hecatombe de sus asesinos!

En medio del estertor de la agonía contó el conde, que, atraído á una emboscada, había quedado en un estado incapaz de defenderse y había sido cobardemente asesinado por unos quince espolistas, mandados por un individuo cuyo rostro no pudo ver por hallarse enmascarado; pero en el cual notó un movimiento nervioso que, de cuando en cuando, le hacía inclinar bruscamente la cabeza contra el hombro izquierdo.

Luego, expiró poco después, dejando á su desgraciada esposa presa de una desesperación sin nombre, y tanto más intensa, cuanto que, en la imposibilidad en que se hallaba de denunciar al principal asesino, la muerte del conde quedaría sin vengar.

En efecto, en vano realizó la policía las investigaciones más minuciosas para descubrir á los autores del crimen, pues no consiguió resultado alguno.

Entonces encerróse Aurora en su casa, huyendo del mundo, y, con el corazón dolorido, vivió como una reclusa.

Su puerta se abría sólo para tres personas: los marqueses de Chaverny y un antiguo amigo de su marido, el maestro de armas Cocardasse, con el cual hablaba ella á menudo del difunto.

Mas, á pesar de los tiernos consuelos que todos se esforzaban por comunicarle, su espíritu se agriaba cada día más, y empezaba la consunción á minarla sordamente.

El marqués y la marquesa iban á hacerle compañía

todo el tiempo que se lo permitían las exigencias del mundo; desgraciadamente, ese tiempo era muy restricto, y si, en su presencia, experimentaba ella algún alivio, en cuanto se marchaban recaía en sus tristes ideas que, cada día, adquirían carácter más alarmante.

Hubiera sido preciso que en su ausencia les reemplazase alguien y continuara su obra de apaciguamiento, que una amistad vigilante velase constantemente por ella.

Pero ¿quién podría aceptar tarea tan delicada y de tanta abnegación?

Un día en que los señores de Chaverny hablaban del asunto delante de Cocardasse, y que parecían muy apurados para encontrar una persona capaz de semejante sacrificio, intervino el maestro de esgrima:

— ¡Tate! — exclamó — me parece que tengo lo que ustedes necesitan.

En la casa en que yo habito, se instaló hace un mes próximamente, una jovencita que acaba de llegar de su país, de Bélgica, para buscar colocación en París.

La pobre se ha quedado huérfana hace poco, y tiene quince ó diez y seis años á lo sumo.

Por casualidad tuve ocasión de hablar con ella, y así supe que desea entrar como señorita de compañía en alguna casa.

Yo podría traérsela á ustedes, y verán si les conviene para el empleo en cuestión.

— Tráigala de todos modos — dijo la marquesa; — veremos.

Al día siguiente, Cocardasse presentó á su protegida á la señora de Chaverny.

Como ya lo advirtió el soldado, era aquélla muy jovencita.

Sus modales afables y graciosos y su perfecta compostura sedujeron primero á la marquesa, que la tomó en el acto, dándole á conocer lo que de ella esperaban.

Por sus respuestas, pareció estar á la altura de su misión y en seguida fué conducida junto á Aurora, á fin de que pudiese emprender sin retraso su obra de consolación.

Dijo llamarse Bathilde de Wendel

No tardó la condesa en sufrir la influencia de su nueva compañera.

Ésta, tomando viva parte en la pena de su señora, sabía encontrar frases tiernas para reconfortarla y para serenar su entristecida alma.

Hablando con Bathilde, antojábasele menos horrosa su desgracia y al pensar en ella, no experimentaba ya ese agudo dolor que tanto la había hecho padecer.

La huérfana parecía también tener cariño á Felipito — único heredero de Lagardère, — á quien rodeaba de caricias y mimaba sin cesar, cual si para él fuese una segunda madre.

Por estas razones, la condesa Aurora demostraba á la joven profundo agradecimiento.

Y al poco tiempo, no podía privarse un solo instante de su presencia.

Tenia Bathilde que estar constantemente á su lado, para que en cuanto se entristeciera Aurora, pudiese oír las consoladoras palabras de la joven.

De tan continua promiscuidad, resultó que Bathilde ejercía gran dominio en la imaginación de su señora, quien sólo veía por ella y no obraba sino á gusto de ella.

Al observar esa influencia singular, la señora de Chaverny, temiendo por su amiga, quiso apartar á la huérfana.

Pero Aurora se opuso formalmente, y de modo tan perentorio que la marquesa creyó no deber insistir. Mas desde entonces sintió hacia Bathilde una aversión que iba aumentando con el tiempo.

— Mala mano hemos tenido — dijo á su marido. — Estoy por creer que esa chicuela á dado á beber algún filtro á Aurora. No comprendo ese cariño tan exagerado á una extraña.

— ¡Bah! — exclamó el marqués; — no nos preocupemos, querida Flor, esa es una ternura pueril y enfermiza que se irá con la misma rapidez que ha venido.

El marqués se engañaba, probablemente, acerca de la calidad de esa amistad, porque el poder de Bathilde aumentaba más que antes, y hasta llegó un día en que Aurora — ¿por qué extraña sugestión? — hizo un testamento en que se especificaba que en caso en que ella y su hijo muriesen se entregasen las dos terceras partes de su fortuna á su ahijada, Olimpia de Chaverny, y la otra tercera á la señora Bathilde de Wenedel, su fiel compañera.

Testamento del que — y esto tampoco se explica — no habló sino á la huérfana.

Cierto es que no tenía gran valor; puesto que nada hacía prever su próximo fin, como tampoco el de Felipito.

Era únicamente lo que se podría llamar una medida de precaución.

Pero nunca hubo medida de precaución más imprudente, porque unos veinte millones — que no era menor el tercio destinado á Bathilde — vistos á través de una existencia humana, debían centuplicar el suplicio de Tántalo é inspirar el crimen.

La condesa volvía á tomar apego á la vida.

Además, allí tenía á su hijo, un angelito rubio á quien adoraba, cuya sonrisa era un rayo y en el que ella volvía á ver las facciones del ausente, que revivía en aquella criaturita: manantial de inagotable consuelo.

En adelante, quería vivir para él, pensaba educarlo en el culto de su padre, y más tarde... más tarde — una esperanza residía en su corazón — quizá hiciera de él el vengador de su padre.

¡Ay! ¡vanos proyectos! ¡esperanzas vanas!

El niño, rebosante de salud, languideció de repente, é iba perdiendo roído por un mal desconocido.

Llamáronse á los primeros hombres de ciencia, examinaron éstos al enfermo, consultáronse, disertaron entre ellos, derrocharon todos los tesoros de su saber, sin llegar á determinar la naturaleza de tan extraño mal.

Alocada, la madre arrastrábase á sus rodillas, suplicándoles que le devolvieran su hijo... Su hijo, único bien que la ligaba á la vida.

Entonces ellos multiplicaron sus esfuerzos, encarnizáronse luchando contra la muerte, que veían venir lentamente, y cuya enorme sombra resplandecía ya encima de la víctima á la que se disponía á llevarse.

Mas, desarmados ante los síntomas que se manifestaban y que, en su carrera, ya larga, no habían encontrado aún, no pudieron más que asistir, impotentes y dudando de su saber, á la agonía del pobre niño; que no tardó en dormir su último sueño en brazos de su madre, en medio de los sabios desanimados y estupefactos por no haber encontrado ningún arma contra el nuevo mal. Eso era demasiado para Aurora.

¡Tras su marido, su hijo! La pobre mujer no pudo sobrellevar la nueva desgracia, y la conmoción que por ella experimentó reaccionó con tanta fuerza en su cerebro, que quedó gravemente atacada su razón.

Por otra parte, fué esto un bien para ella, pues así no padecía.

El marqués y la marquesa, como también Cocardasse y Bathilde de Wendel sintieron profunda pena por aquella doble catástrofe.

Sobre todo Bathilde, cuyo cariño á la madre y al hijo no se había desmentido un solo instante, y que dió grandes muestras de aflicción.

Al preparar los funerales, la joven emitió la opinión de que convendría no entregar á la tierra el cadáver sin hacerlo embalsamar.

Dijo que era muy triste pensar que sin esa precaución, no quedaría, dentro de poco, ningún vestigio del ser querido; mientras que, embalsamándolo, es decir, impidiendo que sus despojos sufrieran los ultrajes del tiempo, podrían acordarse de él con menos pena, recordar menos dolorosamente su imagen, sabiendo que existía aún casi intacta.

Estas razones complacieron á los Chaverny y sobre todo á Cocardasse, para quien los Lagardère eran de esencia casi divina.

Decidióse, pues, el embalsamamiento.

Como no sabían á quién dirigirse para el caso, la huérfana, más complaciente que nunca, propuso encargarse de dar los pasos necesarios.

Había oído hablar de cierto embalsamador.

Aceptóse su proposición.

Dos días después, presentóse un practicante.

Con objeto de no ser molestado durante la operación, rogó que le dejasen sólo, cosa que le fué concedida, pues nadie quería ser testigo de tan triste espectáculo.

Practicóse por fin la inhumación, y los restos de Felipe de Lagardère, último de su nombre, fueron sepultados junto á los de su padre, inhumados en el cementerio de Saint-Médard, en un soberbio panteón que había mandado construir Aurora.

Esta, prostrada, con el cerebro aniquilado, permaneció ajena á cuanto ocurría en torno suyo, y ni siquiera pensó en dar un beso supremo á su hijo en el momento en que se lo iban á quitar para siempre.

Y días y semanas sucediéronse sin que se modificara

ese estado de completa indiferencia; antes al contrario, la infortunada se desentendía cada vez más de las cosas de la vida.

Desconsolábase la señora de Chaverny al ver el anadamiento de su amiga, contra el cual nada podía ya Bathilde.

Consultó. Y la dijeron que sólo había un medio de curarse, y era el salir inmediatamente de París y permanecer mucho tiempo en un lugar apacible, en medio de la sana y vivificadora naturaleza, que era la única capaz de volver á templar su alma enferma.

La marquesa no titubeó en seguir este consejo, y mandó en seguida á Aurora que saliera para su castillo de Lorena, en donde residía su madre, la duquesa viuda de Nevers, que llevaba todavía luto de su primer marido, Felipe de Lorena, duque de Nevers, pues de real orden se autorizó á la duquesa el no conservar los títulos ni el apellido de su segundo esposo, Felipe de Mantua, príncipe de Gonzaga.

La anciana duquesa era la única mujer á quien podía confiarse la ardua tarea de consolar á la inconsolable viuda y detener las lágrimas de la desesperada madre.

Por acostumbrada que la duquesa estuviese al dolor, la noticia de la muerte de su nietecito cayó sobre ella como un rayo, y pensó que tal vez su familia estuviera maldita; puesto que no había bastado su dolorido corazón para apaciguar á Dios.

Lagardère murió en París, como Nevers en el castillo de Caylus, y con el pobre Felipito se marchó la última esperanza de la raza.

Bathilde, la joven huérfana, no acompañó á su protectora á Lorena, sino que se quedó en el hotel del Marais, según le rogó insistentemente Aurora antes de su marcha.

De todos modos, para no parecer reinar como dueña en una casa en que era una extraña, Bathilde abandonó las habitaciones de la condesa, que habían sido también las suyas, y se retiró á un ala trasera.

Entonces apareció completamente cerrada la fachada del hotel y adquirió ese aspecto de muerte que ya hemos mencionado.

Pasó el tiempo, y Aurora, cuyo estado no mejoraba, continuaba permaneciendo en Lorena.

Con los años, Bathilde se volvió mujer.

Si al principio, como convenía á su edad y á su situación de huérfana, había vivido casi retirada, vigilada por una criada vieja que le dió su protectora, cuando llegó á los veinte años sacudió esa tutela y quiso ver el mundo.

Como la amistad que le concedía la condesa le servía de égida, tuvo entrada en los medios más elevados, en los cuales se creó numerosas relaciones.

La anciana criada, que ya era molesta, fué reemplazada por una doncella joven que era la sirvienta más astuta que imaginarse pueda, y cuyo primer cuidado fué completar la educación de su ama, haciéndole conocer todo lo que ella ignoraba aún de la vida mundana.

Lejos de Aurora, llevaba la huérfana una vida muy agradable.

Casi rica, á causa de antiguas liberalidades de la condesa, habitando el suntuoso palacio del Marais, era completamente libre y sólo obedecía á su capricho, sin temer la menor intervención.

De ese modo transcurrieron años y años.

Por su criada, que había entrado en relaciones con la de Chaverny, tenía á veces noticias de la pobre Aurora, á quien la marquesa iba á ver de cuando en cuando.

Y así supo un día, que la condesa había recobrado la razón y que regresaba á París.

Por lo cual experimentó Bathilde gran alegría.

Hacia quince años que vivía en la esperanza de ese regreso; como pronto veremos, tenía en él capital interés.

Esperó, pues, su vuelta con impaciencia, contando con que la condesa le otorgase la misma confianza que antes.

La desgraciada Aurora era aún más digna de compasión por haber recuperado el juicio.

Ahora que recordaba las circunstancias en que murió su hijo, la naturaleza singular de la enfermedad que lo mató, hasta los menores detalles repasaban ante sus ojos con extraordinaria precisión.

Entonces llegó á surgir en ella terrible duda: ¿no habría sido obra de una mano criminal la muerte de su hijo?

Al principio, trató de desterrar ese pensamiento, que lo consideraba absurdo, insensato y que no tenía fundamento alguno; puesto que sólo ella y sus amigos se habían acercado á Felipe.

Pero contra más esfuerzos hacía para huir de tal idea, más tenaz y atormentadora aparecía ésta.

Por fin, no queriendo continuar más tiempo en esa duda, resolvió aclarar sus sospechas á todo trance, sucediera lo que sucediese.

Y para proseguir un deseo concebido con dicho objeto, quiso la pobre madre volver á París, en donde acabamos de verla tomando otra vez posesión de su morada.

Apenas llegó, confiése á su mejor amiga, Flor de Chaverny, en cuanto la vió, rogándola le ayudase.

Mas parece que su deseo era particularmente extraño, porque, al saber la marquesa lo que intentaba Aurora, creyó que estaba más loca que nunca: no obstante, ante la insistencia de la desgraciada viuda de Lagardère y las poderosas razones que expuso, acabó Flor por aceptar el secundarla, si bien no muy convencida.

Además, no debía de ser muy fácil la ejecución del proyecto de que se trataba; puesto que la marquesa dijo á Aurora, al despedirse:

— Ya que la tranquilidad de tu vida depende de ese triste experimento, querida Aurora, voy á buscar al solo hombre, al solo, me entiendes, que pueda serte verdaderamente útil en semejante circunstancia. Es un tal Helouin que á veces se llama también barón de Posen...

— ¿Es discreto?

— Más que una tumba; su respetabilidad está fuera de toda duda y su destreza desafía toda competencia...

Ya te lo he dicho, si tu asunto pudiera llegar á buen fin, nadie más que ese señor podría conseguirlo.

— No me hagas aguardar mucho. ¿Cuándo podré ver á ese hombre?

— No lo sé. Quizás dentro de ocho dias. El tiempo que necesite yo para encontrarlo.

Levantóse la marquesa, y antes de separarse de su amiga, le dijo :

— Como tanto para ti como para tu *idea*, te hace falta un médico, te mandaré el mio, el doctor César Cabalus.

No es un pozo de ciencia; pero cuando menos es tan mudo como el señor Helouin cuando se trata de un secreto.

II

EL MISTERIOSO SEÑOR HELOUIN

Una tarde, cinco días después de la conversación que precede, presentábase en el hotel de Nevers un hombre que deseaba hablar á la condesa; decía ir en nombre de la señora de Chaverny.

Hallábase Aurora en la sala, extendida en una otomana, donde apenas se sostenía su pobre y aniquilado cuerpo.

Á sus pies, sentada en un taburete, sonreíale una niña de diez y seis años de grandes ojos claros y limpidos.

Era Olimpia de Chaverny, hija de la marquesa y tan hermosa como había debido de ser su madre para poder corregir y unirle al marqués, el cual fué un verdadero petimetre en la corte del regente Felipe de Orléans.

Un poco más allá, Bathilde Wendel, acomodada junto á una ventana, ocupábase en una labor de tapicería.